

una nueva iglesia para una nueva evangelización

Antonio González Dorado

En la década de los años 80 ha surgido en la Iglesia Católica y se ha ido desarrollando, con características cada vez más definidas y universales, el proyecto de la Nueva Evangelización¹.

Fue en 1983 cuando Juan Pablo II, enfrentando el futuro de América Latina, propone en Haití el compromiso de una Nueva Evangelización, "nueva en su ardor, en sus métodos, en su expresión"². En diciembre de 1988, en su Exhortación *Christifideles laici*, dirigiéndose a todas las Iglesias del mundo, las cuestiona ante "la actual urgencia de una nueva evangelización" (ChL 34-35).

En pocos años, el regional proyecto latinoamericano quedaba englobado en otro más complejo y con horizontes planetarios, aunque significativamente designado con el mismo título, implicando solidariamente a todas las comunidades eclesiales, es decir, a la Iglesia Universal.

¹Siglas utilizadas: AG = Ad Gentes; CT = Catechesi tradendae; ChL = Christifideles laici; DP = Documento de Puebla; Dz = Denzinger; EN = Evangelii Nuntiandi; ES = Ecclesiam suam; GS = Gaudium et Spes; LG = Lumen Gentium; PP = Populorum Progressio; SRS = Sollicitudo Rei Socialis.

²Ecclesia 2119 (1983) 15.

I. Primeras reacciones frente a la nueva evangelización

Nos encontramos ante un acontecimiento eclesial de extraordinaria importancia que, hasta el presente, ha sido acogido con más interés por la Iglesias del Tercer Mundo que por las del Hemisferio Norte, por las latinoamericanas que por las europeas.

Se trata, sin duda, del *primer proyecto de evangelización de conjunto de toda la Iglesia*, situada en medio de una humanidad que se siente mundialmente unificada mediante unas apretadas e irreversibles relaciones de interdependencia, y en la que se está generando una nueva conciencia común y un nuevo contexto cultural envolvente.

1. Reacciones en el Tercer Mundo

Para los cristianos del Tercer Mundo, testigos pacientes de una larga historia de colonización e injusticias, la Nueva Evangelización tiene resonancias de respuesta al clamor de sus pueblos por una liberación integral, y aporta la esperanza de promover la solidaridad de todas las Iglesias (ChL 35) y de todos los pueblos (PP 48) en favor de todo el hombre y de todos los hombres, pero especialmente de aquellos pueblos y sectores sociales que han sido y continúa siendo injustamente agredidos y explotados.

Para estas comunidades, la Nueva Evangelización es confirmación de los procesos de evangelización liberadora, en los que se encuentran comprometidos desde hace años, e impulso nuevo para proseguir en la construcción de un mundo más justo, más fraterno y humano, sellado por la *civilización del amor*³.

2. Reacciones en el Hemisferio Norte

Sin embargo, en las comunidades del Hemisferio Norte, y especialmente de Europa, en general se advierte una postura más fría y distante frente al proyecto, e incluso un acusado desconocimiento en la mayoría de los cristianos. Me atrevería a decir, con lenguaje periodístico, que la Nueva Evangelización no ha alcanzado a ser noticia en nuestras Iglesias. Son varios los factores que pueden explicar esta reacción. Sólo subrayo algunos de ellos, que pueden tener un especial significado ante dicho fenómeno.

³Ecclesia 2193 (1984) 49.

El primero es un *acusado eclesiocentrismo*, herencia no superada del antiguo régimen de cristiandad, que polariza más la atención de los creyentes en la institucionalidad de la iglesia que en su misión evangelizadora. De hecho los europeos nos encontramos más entrenados para discutir los problemas internos de una Iglesia clericalizada, que para adentrarnos por los caminos de una nueva evangelización de nuestra propia cultura desde los presupuestos de la modernidad.

Tampoco nos hemos liberado de un consciente o subconsciente *europocentismo étnico eclesial*, en el que se reclama para el continente el privilegio del gran magisterio sobre los otros pueblos, y para la Iglesia los de ser madre de las otras Iglesias. La Nueva Evangelización trae la exigencia de desmontar estos viejos mitos, de tal manera que “las llamadas Iglesias más jóvenes necesitan de la fuerza de las antiguas, mientras que éstas sienten necesidad del testimonio y del empuje de las más jóvenes, de tal manera que *cada Iglesia se beneficie de las riquezas de las otras iglesias*” (ChL 35). Paralelamente, “los países económicamente más débiles o que están en el límite de la supervivencia, asistidos por los demás pueblos y por la comunidad internacional, *deben ser capaces de aportar a su vez al bien común sus tesoros de humanidad y cultura*, que de otro modo se perderían para siempre” (SRS 39). La Nueva Evangelización exige a las Iglesias europeas que, *para emprender su misión evangelizadora en el continente, oigan y escuchen la palabra de las otras Iglesias* y de los pueblos que se encuentran en situación de subdesarrollo (SRS 14-15).

Pero creo que también puede favorecer esta frialdad frente a la Nueva Evangelización una *sospecha*, no clarificada, frente al contenido que se encierra detrás de esta expresión. En efecto, en muchos ambientes eclesiales se advierte un temor a un proceso de involucionismo y de restauracionismo en la iglesia, de vuelta al refugio del pasado por miedo a enfrentar los desafíos planteados por la nueva cultura europea, de freno a los dinamismos desencadenados por el Concilio Vaticano II⁴. Quedan flotando estas preguntas: ¿La Nueva Evangelización es un esfuerzo romántico para resucitar un nuevo y trasnochado régimen de cristiandad? ¿Recoge las añoranzas del pasado o promueve dinamismos nuevos hacia el futuro?

3. Mirando a la Iglesia del año 2.000

Nos encontramos ante posturas que deben ser profundamente revisadas,

⁴J. OSES, *Profetismo e institución en la Iglesia*: Sal Terrae (1989) 15-43.

y ante una abundante documentación evangelizadora que debe ser cuidadosamente estudiada⁵. De otra manera corremos el peligro de perder patológicamente nuestro tiempo en agotadores problemas intraeclesiales, olvidando que la salud de la Iglesia se encuentra relacionada con su fidelidad y su entrega a su misión evangelizadora.

De hecho, por fidelidad a Jesús y a la humanidad de nuestro tiempo, nos encontramos ante el desafío de colaborar en la edificación de una Iglesia que sea capaz de evangelizar en el contexto del tercer milenio. ¿Es esto lo que pretende la Nueva Evangelización?

II. La misión evangelizadora de la Iglesia

Como ha observado Dianich⁶, uno de los avances más importantes realizados en la Ecclesología ha sido pasar de la clásica pregunta “¿qué es la Iglesia?”, a un interrogante mucho más incómodo y urgente, “¿qué debe hacer la Iglesia?” o “¿para qué es la Iglesia?”.

De hecho, fue la pregunta que quedó pendiente al término del Vaticano II. Quizás la falta de una respuesta clara a este cuestionamiento explica muchas de las confusiones y conflictos que se originaron tras la promulgación de sus documentos, y la crisis de identidad que golpeó a muchos cristianos, bifronte a dos imágenes bien diferenciadas de la misma Iglesia⁷.

1. La evangelización como identidad de la Iglesia

Sólo diez años después de la clausura del Concilio, en 1975, Pablo VI asume con toda claridad la pregunta y ofrece una luminosa respuesta: “La tarea de la evangelización de todos los hombres constituye la misión esencial de la Iglesia”. Y añadía: “Evangelizar constituye, en efecto, la dicha y la vocación de la Iglesia, *su identidad más profunda*. Ella existe para evangelizar” (EN 14). Su tesis la fundamenta sobre una sólida cristología: “Jesús mismo, Evangelio de Dios, ha sido el primero y el más grande evangeliza-

⁵La documentación de Juan Pablo II es extraordinariamente abundante. Casi todos sus documentos posteriores a 1983 tienen como punto de referencia la Nueva Evangelización. A ésta hay que añadir gran parte de los documentos de Juan XXIII. Ellos constituyen los cimientos sobre los que se edifica.

⁶S. DIANICH, *Iglesia en misión*, Salamanca 1988, p.9.

⁷Sobre el sentido de *imagen de la Iglesia* véase H. FRIES, “Cambios en la imagen de la Iglesia”, en *Mysterium salutis* IV/1, Madrid 1973, p.232.

dor. Lo ha sido hasta el final, hasta la perfección, hasta el sacrificio de su existencia terrena" (EN 7 ss).

La claridad de esta intuición era la mejor contestación dada al desafío que él mismo había propuesto a los Padres Conciliares: "Profundizar en la conciencia que debe tener de sí misma (la Iglesia), del tesoro de verdad del que es heredera y depositaria, y de la misión que debe cumplir en el mundo" (ES 13). Simultáneamente ofrece una clave hermenéutica para la comprensión de toda la Iglesia, de sus estructuras esenciales e incluso de los recientes documentos conciliares. A mi juicio, es la orientación más segura y audaz que se ha dado para proceder a su necesaria renovación y "aggiornamento" (ES 36-53).

Desde este momento, todas las comunidades eclesiales quedaban emplazadas a transformarse consciente y operativamente en comunidades evangelizadoras.

2. Precisiones sobre la evangelización

Pero a esta intuición fundamental Pablo VI añadía un conjunto de aclaraciones de la mayor importancia, entre las que sobresalen las siguientes.

Primera: Manteniendo la tradición constante de la Iglesia reafirmaba que "no hay evangelización verdadera, mientras no se anuncie el nombre, la doctrina, la vida, las promesas, el reino, el misterio de Jesús de Nazaret Hijo de Dios" (EN 22). Y añadía que el anuncio no adquiere toda su dimensión sino cuando hace nacer en quien lo ha recibido una adhesión de corazón, que se revela concretamente por medio de una entrada visible en la comunidad de los fieles (EN 23).

Segunda: Pero, simultáneamente, superaba *el reduccionismo de la evangelización misionera por la globalidad de la misión evangelizadora*, priorizando la permanente misión de evangelizar la cultura: "Para la Iglesia no se trata solamente de predicar el Evangelio en zonas geográficas cada vez más vastas o poblaciones cada vez más numerosas, sino de avanzar y transformar con la fuerza del Evangelio los criterios de juicio, los valores determinantes, los puntos de interés, las líneas de pensamiento, las fuentes inspiradoras y los modelos de vida de la humanidad, que están en contraste con la palabra de Dios y con el designio de salvación. Probablemente podríamos expresar todo esto diciendo: lo que importa es *evangelizar (...) la cultura y las culturas del hombre (...)*, tomando siempre como punto de partida la persona

y teniendo siempre presentes las relaciones de las personas entre sí y con Dios" (EN 19-20). Y concretaba: "Hay que hacer todos los esfuerzos con vistas a una generosa evangelización de la cultura, o más exactamente de las culturas" (EN 20).

Cabe preguntarse si detrás de estas palabras no latía en Pablo VI la añoranza de reinstaurar el viejo régimen de cristiandad. Nada más ajeno a su pensamiento, como lo confirmamos a continuación.

Tercera: La evangelización de la cultura *no es coincidente con la cristianización o eclesialización de la sociedad*, como aconteció durante la Edad Media en Europa. Pablo VI había dejado perfectamente aclarado su pensamiento en este punto en la *Ecclesiam suam* (nn. 72-74), quedando confirmado posteriormente por el Concilio en su Declaración sobre la Libertad Religiosa.

Una cultura y una sociedad se evangelizan en la medida en que crecen en humanidad y se aproximan, aunque sea inconscientemente, a la plenitud humana vivida por Jesús, que es simultáneamente la plenitud de la imagen y semejanza de Dios. La salvación históricamente, incluso en las personas, no siempre se realiza dentro del marco eclesial y cristiano (LG 16; GS 22). Evangelizar es más que hacer Iglesia, es promover salvación integral incluso más allá de sus propias fronteras visibles, ya que éstas no limitan la presencia del Reino de Dios en el mundo.

3. *Hacia una Iglesia Evangelizadora*

Pablo VI fue un extraordinario maestro sobre la evangelización. Su pensamiento, articulado sobre la amplia y novedosa doctrina pastoral del Concilio Vaticano II, abría paso a una nueva eclesiología, e impulsaba su añorada renovación de la Iglesia (ES 8) hacia el proyecto de una comunidad esencialmente evangelizadora, adaptada a la situación y a la cultura de los hombres con los que ha de convivir (ES 79-80). El soñó en una Iglesia capaz de promover en nuestro mundo, y de cara al tercer milenio, la civilización del amor.

No me consta que Pablo VI utilizase la expresión "Nueva Evangelización", aunque ya se encuentra en el Mensaje de los Obispos a América Latina al concluir la Conferencia de Medellín, celebrada en 1968. Pero pienso que es el término más justo y adecuado para impulsar operativamente su

pensamiento eclesiológico-evangelizador, concretado en un proyecto preciso con energía para comprometer a todas las Iglesias. De hecho ha sido Juan Pablo II el que se ha constituido en el gran promotor de este proyecto, teniendo en cuenta los esfuerzos y experiencias que en esta línea se vienen desarrollando en toda la iglesia a partir del Vaticano II, y de una manera muy significativa en las comunidades de América Latina.

Son sumamente importantes los cambios que se van produciendo en la comprensión de la *realización existencial de la Iglesia*, mientras se afirma su plena fidelidad a su esencia, es decir, a su misión evangelizadora con la fisonomía característica que el mismo Cristo le imprimió con la fuerza del Espíritu Santo (ES 36, 42). Sobresalen, entre otros, los siguientes desafíos.

La Iglesia Evangelizadora, manteniendo y enriqueciendo su estructura ministerial, tiende a *recuperar la misión evangelizadora de todos los cristianos*, tanto al interior como al exterior de la comunidad, ya que todos son enviados y movidos por el Espíritu. De ahí surge la nueva valoración de los laicos, y la necesidad de establecer un diálogo permanente y en todas direcciones en el seno de la Iglesia (ES 106).

La polarizada atención eclesiocéntrica se supera por el *crisocentrismo* y, consecuentemente, por el *antropocentrismo*. La plenitud de la iglesia se ha de realizar en su fidelidad de seguimiento a Cristo, en el que se encuentra su profunda preocupación por el hombre y por todos los hombres, ya que "Dios no envió a su Hijo al mundo para juzgarlo, sino para que el mundo por El se salve" (Jn 3,17).

La síntesis que la Iglesia ha realizado con la vieja cultura europea y que tradicionalmente ha transportado a otros lugares del mundo en su marcha misionera, queda cuestionada por una concientización más profunda de su vocación católica, que hoy asimila el término de *inculturación*, capaz de "expresar uno de los componentes de la Encarnación" (CT 53; AG 22). Este principio también es válido ante la nueva cultura que está naciendo en Europa. La Iglesia no mantiene la tradición de las culturas sino la de la fe. No es su misión crear cultura, sino encarnarse en todas y desde su interioridad evangelizarlas.

Tiende a desaparecer la enquistada cuestión de la Iglesia que pretende evangelizar a la sociedad a través de la institución de los Estados y desde los órganos de la autoridad civil. Dentro de la sociedad política, vuelve a encontrar *su lugar natural en el pueblo*, desde donde, lo mismo que Jesús, ha

de realizar su labor evangelizadora sobre todo el organismo social y cultural, pero proclamando el derecho de la libertad religiosa para todos los hombres.

La Iglesia Evangelizadora, profundizando en el misterio de la Eucaristía —misterio del amor y de la cruz— *se solidariza con las víctimas de nuestro mundo*, o con los “pobres”, como solemos decir en lenguaje evangélico, promoviendo con su testimonio y con su profecía el año de gracia, el año jubilar proclamado por el Reino de Dios (Lc 4,18)⁸. No propicia hoy la Iglesia una situación privilegiada para sí en el mundo, sino el derecho de proclamar la verdad del Evangelio, que es la Verdad de Dios para la salvación de los pobres y, consecuentemente, de todos los hombres.

Esta es la nueva Iglesia que se está gestando con dolores de parto, la Iglesia de la Nueva Evangelización, que, impulsada por el Espíritu, aspira a ser “nueva en su ardor, en sus métodos, en su expresión”. Son tres grandes dimensiones de novedad que han de afectar tanto a su realización interna como a su manera de relacionarse y comunicarse con el mundo en el que se encuentra inscrita y por el que se encuentra penetrada, dado que todos los cristianos somos simultáneamente miembros de la comunidad eclesial, es decir, del Cuerpo de Cristo, y ciudadanos del mundo, del que afirmamos que Dios es su Creador y Salvador.

Pero descendamos a un plano más concreto: ¿Cuál es la nueva situación mundial y la nueva cultura en las que ha de desplegarse la Nueva Evangelización? ¿Cuál es el nuevo tipo de Iglesia portadora de una Nueva Evangelización?

III. Contexto mundial y cultural de la nueva evangelización

En pocos años hemos advertido un desarrollo inusitado de la conciencia planetaria de la humanidad, con importantes incidencias en todas las sociedades y culturas, e incluso promoviendo trascendentales cambios y acontecimientos históricos, como el de la “perestroika”.

Casi sincrónicamente, mientras Juan Pablo II proclamaba el proyecto de la Nueva Evangelización, los pensadores instalados en la nueva conciencia planetaria comenzaban a descubrir el nacimiento de una nueva cultura en

⁸A. MORIN, “La Iglesia de los pobres”, en *La Iglesia del Señor*, Bogotá 1983, pp.224-225.

el Hemisferio Norte, a la que han comenzado a designar como cultura de la postmodernidad⁹.

1. *Unidad planetaria e interdependencia de los pueblos*

Uno de los factores más originales de nuestro mundo actual es la conciencia de la unidad planetaria juntamente con el hecho de la interdependencia existente entre todos los pueblos y culturas, ante los que se desmoronan caducas fronteras que ayer afirmaban plena autonomía y autosuficiencia. Hoy surgen unidades de integración más amplias que las de los tradicionales estados, como comprobamos ante el acontecimiento de la Comunidad Europea, en pleno proceso de edificación.

Se trata de un acontecimiento que, con una expresión humana y cristiana, viene a mostrarnos que todos necesitamos de todos para nuestro desarrollo y progreso. Es un camino experimental capaz de promover la conciencia de la fraternidad de todos los hombres y de todos los pueblos, con la exigencia de una solidaridad universal.

Pero también se ha tomado conciencia de que la interdependencia fáctica en la que vivimos se realiza en *relaciones asimétricas*, es decir, no de iguales sino de *dominadores prepotentes* y de *subyugados*. Esto explica que superdesarrollo y subdesarrollo actúen entre sí como variables dependientes, originando los diversos mundos —primero, segundo, tercero y cuarto— en los que hoy dividimos a la humanidad, con una perspectiva de paz siempre frustrada e inestable (SRS 9-25).

Los Obispos de América Latina, recogiendo la voz de sus pueblos, decían en 1979: "La Iglesia no acepta aquella instrumentalización de la universalidad que equivale a la unificación de la humanidad por vía de una injusta e hiriente supremacía y dominación de unos pueblos o sectores sociales sobre otros pueblos y sectores" (DP 427).

2. *La preponderancia de la cultura occidental europea*

Este fenómeno de la interdependencia planetaria conduce hoy tanto a la sociología como a la antropología cultural a considerar a los pueblos y

⁹Tema que comienza a ser de actualidad, entre cuyos pensadores sobresalen Lyotard y Habermas. Para H. KÜNG "postmodernidad" es un término heurístico; véase *Teología para la postmodernidad*, Madrid 1989, pp.15-18.

culturas no sólo en su identidad original y específica, sino también en la *cualificación de sus relaciones de dependencia* con los otros.

Históricamente, tomando como punto de partida el siglo XII —el siglo de la Revolución Comercial— ha desarrollado en el mundo una cualificada importancia la cultura occidental europea¹⁰.

Europa, y especialmente Europa Occidental, ha sido el factor determinante de la unificación del plantea e incluso del *modelo imperialista* que la configura, y que actualmente tiene situados sus grandes centros en el Hemisferio Norte.

Tras la crisis de la última guerra europea (1939–1945), que adquirió características de conflagración mundial, la vieja Europa ha vuelto a rejuvenecer con los grandes proyectos de la Comunidad Europea y del Mercado Común, que han encontrado una feliz metáfora en la edificación de la casa común de todos los europeos.

Pero la casa común pretende ser simultáneamente *casa nueva*, promoviendo un nuevo estilo de vida, es decir, una nueva cultura, que todavía no logra encontrar su nombre propio y preciso.

3. *Importancia y características de la nueva cultura emergente*

Es evidente que una nueva cultura está naciendo principalmente en América del Norte y en la Europa Occidental, con una gran incidencia en las otras regiones del planeta —y de una forma espectacular en la Europa del Este— debida en parte a la situación privilegiada que ocupan en el mundo y a su fuerte presencia en todos los canales de comunicación.

Se trata de una cultura que nace como hija de la anterior —la denominada cultura de la modernidad—, pero de la que simultáneamente se siente heredera y señora. Apunto algunos de sus rasgos más sobresalientes.

La cultura-madre había afirmado al hombre como protagonista y señor de la historia, desencadenando en él el dinamismo del progreso e incluso la ideología del *progresismo histórico*, fundamentalmente sustentado por la razón, la ciencia y la técnica, incorporados como factores determinantes a

¹⁰A. GONZALEZ DORADO, *La evangelización de la pobreza y la cultura del mercantilismo*: Medellín 47 (1986) 349–72.

todos los sectores de la vida. Los resultados, en muchos campos, han sido sorprendentes y exitosos. Pero, al llegar al momento actual, el hombre ha percibido que se había transformado en esclavo de dicho progreso, y que ya es tiempo de que el progreso se ponga al servicio del hombre, para que éste pueda disfrutar libremente de los copiosos frutos conseguidos.

De esta manera, el progreso histórico se confía a determinados especialistas controlados por la democracia, mientras la colectividad opta por el *progresismo individual*, por la realización personal, interpretada fundamentalmente, como ha aclarado Lipovetsky, por un *narcisismo hedonista*, que establece una nueva lógica social¹¹.

Surge así una cultura de exaltación de la libertad y de la liberación individual, en la que se exige toda clase de posibilidades para ejercitarla y la eliminación de todo tipo de trabas para desarrollarla.

Como ha advertido Alvin Toffler, el nuevo estilo de vida intenta liberarse de los rígidos modelos impuestos en épocas anteriores por las exigencias progresistas de la industria y del comercio. Son sistemas suficientemente establecidos y evolucionados para seguir cumpliendo su función de cuernos de la abundancia sin necesidad de continuar esclavizando al hombre¹².

La nueva cultura pretende que las instituciones sociales *necesarias* asuman el ejercicio de toda clase de responsabilidades y servicios que le permitan al individuo el máximo de libertad y de seguridad. Por ello se produce una mayor afirmación y ampliación de los derechos humanos —no siempre coherentes con las exigencias de la dignidad del hombre—, y una acusada resistencia frente a las prestaciones sociales obligatorias, principalmente cuando éstas son de carácter personal.

Se advierte un movimiento de liberación de todo tipo de normas tradicionales, sociales e incluso morales, postulando un ambiente cultural y legal no sólo de permisivismo y tolerancia, sino de positiva aceptación. Es fácil de advertir en el lenguaje que, para las situaciones menos aceptables socialmente, se procura evitar la referencia al ámbito de la libertad y responsabilidad personal, situando las causas en unos niveles más periféricos al núcleo de la persona.

¹¹G. LIPOVETSKY, *La era del vacío*, Barcelona 1987.

¹²A. TOFFLER, *La tercera ola*, Barcelona 1984.

Sin las agresividades decimonónicas, se tiende a la liberación de los religiosos, especialmente de la institución religiosa. Se multiplican los agnósticos y los creyentes sin Iglesia¹³.

Incluso el hombre pretende liberarse de sí mismo, relativizando el valor del compromiso consigo y con los demás. La libertad se interpreta como la posibilidad de abrirse siempre a la novedad sin sentirse encadenado por el pasado.

Entra en crisis la democracia tradicional, en la que las mayorías pretenden imponer sus normas a las minorías. Hay una búsqueda de otra mayoría, la que abre el ámbito de la libertad a todas las minorías, sin reducir su ejercicio a la mera expresión.

En el fondo surge un *acusado rechazo contra la violencia y sus causas*, sobre todo cuando ésta aparece institucionalizada socialmente o cuando asocialmente se institucionaliza en movimientos ideológicos o políticos, como sucede en el terrorismo. Se pretende alcanzar la libertad, la tranquilidad y la paz por caminos pacíficos: por el diálogo, por el consenso, por la educación, por el respeto, etc.

De hecho aparece en esta nueva cultura un rechazo frente al dolor, el sufrimiento, la decadencia y la muerte. Se siente compasión frente a este sector de la vida, pero se procura estar ausente de él y alejarlo del ámbito de la propia existencia. Se procura que las instituciones sociales y los especialistas se responsabilicen directamente y asuman ese complicado mundo. Luces y sombras de un nuevo estilo de vida que nace en el ámbito de la abundancia.

4. *Las culturas del Hemisferio Sur y las culturas de la pobreza*

Frente a las culturas del Hemisferio Norte nos encontramos con las múltiples y variadas sociedades y culturas del Sur, donde la mayoría de ellas se encuentran marcadas por el subdesarrollo y la pobreza.

No es este momento de detenernos en el estudio de la originalidad de cada una de ellas, sino sólo en la dependencia neocolonial que, de alguna manera, las unifica a todas frente a los pueblos del Norte.

¹³Sobre este punto véase H. KÜNG, *O.c.*, pp.19-23.

Son culturas conscientes de sus propias limitaciones históricas, admiradas frente al creciente desarrollo de los países del Norte, y necesitadas de lo que consideran avances que pertenecen al patrimonio de la humanidad.

Pero hoy conocen con toda claridad que se encuentran situadas dentro de un rígido modelo de imperialismo, en el que les corresponde vivir en un nuevo tipo de vida colonial, que las condena a una heteronomía permanente.

Tres son los efectos principales del imperialismo: la explotación de las riquezas de estos pueblos, incrementando su dependencia y subdesarrollo, mientras se favorece el superdesarrollo de los imperios; una división de sectores sociales dentro de los propios pueblos, originándose frente a oligarquías privilegiadas amplios sectores de la pobreza, donde surgen *las culturas de la pobreza*, según la denominación de Oscar Lewis; y la infravaloración de las propias culturas autóctonas.

Hoy, dada la actual conciencia de nuestro mundo, las culturas de la pobreza se caracterizan por sentirse portadoras de *un proyecto histórico*, en el que sobresalen tres aspectos bien definidos.

El primero se manifiesta en un desarrollo de su *memoria histórica* — memoria de un doloroso pasado de vejaciones y de explotación— y en una afirmación de su identidad y de sus propios valores.

El segundo consiste en un impulso heroico que no se limita a las decimonónicas aspiraciones de *la emancipación*, sino que, trascendiéndolas, se orienta por las exigencias de *una liberación plena e integral*, en la que la fraternidad entre los pueblos y los hombres deje de ser una mera palabra para transformarse en una realidad de vida.

Por último, en el proyecto histórico de la cultura de los pobres sobresale una vigorosa *instancia ética* de justicia y libertad. En efecto, dichos pueblos y sectores sociales se constituyen en un lugar privilegiado para descubrir las contradicciones internas de la cultura dominante, y en un clamor de denuncia de las injusticias de las que son víctimas por su causa. Simultáneamente, en ellas surge *una llamada a la solidaridad*, en primer lugar de los propios oprimidos —como aparece, por ejemplo, en el Movimiento de los Países No Alineados (SRS 21)—, y posteriormente de todos los hombres de buena voluntad.

5. *El Cuarto Mundo en el contexto de la Cultura de la Abundancia*

Uno de los fenómenos que se han comenzado a agudizar en la Cultura de la Abundancia y del Progresismo Individual es el desarrollo creciente de un complejo y diversificado sector social, que adquiere dimensiones de *mundo*, y al que se le ha comenzado a denominar como el Cuarto Mundo.

Su núcleo más claro y llamativo está determinado por amplias bolsas de subdesarrollo económico, entre cuyos indicadores específicos sobresalen la crisis de la vivienda y el incremento del desempleo y del subempleo (SRS 17-18).

Pero alrededor de este núcleo se van dibujando otros sectores no menos importantes. Así, conviene recordar que el impulso por un constante mejoramiento de la calidad de vida se encuentra compensado por leyes cada vez más amplias y permisivas favorables al incremento de los abortos, a la promoción de la eutanasia, a la esterilización de los anormales, al reconocimiento de los narcotraficantes con tal que se sometan a ciertos controles generales del comercio.

La promoción de la inestabilidad familiar y de la libertad sexual indiscriminada va originando un colectivo, cada vez más amplio, de adultos y especialmente de niños, que requieren la asistencia de psicólogos y psiquiatras.

Lo significativo de este Cuarto Mundo es, como ha advertido Lipovetsky, que reacciona violenta y agresivamente contra la cultura que lo genera con la característica de *una revolución sin proyecto histórico*¹⁴. Es la revolución pura del desempleo, del paro, del vacío social, tanto más dura cuanto que no tiene futuro, a imagen y semejanza de la nueva criminalidad y de la droga.

Curiosamente, la Cultura de la Abundancia tiende a explicar con motivaciones fáciles —cuando no a justificar, como en el caso del aborto y la eutanasia— la existencia de este sub-mundo. Tiende a proporcionarle ayudas a sus víctimas, pero no está dispuesta a enfrentar las causas reales que las originan. Enfrentar dichas causas sería renunciar a ser progresista, el único pecado que no tiene perdón en esta cultura.

¹⁴LIPOVETSKY, *O.c.*, pp.214-220.

6. Movimientos promotores de la humanización de la Nueva Cultura

En nuestro universo actual no sólo coexisten fatalmente conquistas, avances de todo tipo y abundancia junto a las innumerables víctimas del tercer y cuarto mundos. Aparecen al mismo tiempo, en todas las regiones del planeta, múltiples y diversificados movimientos con el objetivo de promover una humanidad más justa, más fraterna y más humana.

En general, se trata de movimientos que se generan en la base popular de la sociedad, en los que penetran el dolor y la protesta de la víctimas, y que cuestionan a los insensibilizados y a los responsables de las grandes orientaciones económicas, sociales, políticas, culturales y educativas, que se imponen en las masas tanto a nivel nacional como internacional. Son movimientos que, en el actual contexto democrático, exigen el ser respetados en su libertad de expresión y de acción.

Con frecuencia encontramos en estos movimientos que, frente al progresismo individualista de la cultura dominante, ofrecen la alternativa del *progreso personal*, que encuentra su realización en *el desarrollo de una solidaridad responsable y efectiva* con todo el hombre y con todos los hombres, pero especialmente con aquellos colectivos que constituyen las víctimas de una historia y de unas culturas que han optado por el imperialismo, el individualismo, el hedonismo.

No es el momento de recordar y clasificar los múltiples movimientos, entre los que sobresalen los de liberación en el Tercer Mundo. Desgraciadamente, a estos movimientos les suele faltar una conexión entre ellos, y la mayoría se desenvuelve en sectores limitados, carentes de una percepción de la problemática de conjunto.

Dentro de este cuadro, lleno de luces y sombras, de conquistas humanas y de cruentos sacrificios en honor de los ídolos, le corresponde a la Iglesia, por exigencias del Evangelio, continuar y promover *el movimiento de salvación de Jesús*, enviado por el Padre con la fuerza del Espíritu Santo para que todos los hombres tengan vida y la tengan más abundante (Jn 10,10).

IV. La Iglesia de la nueva evangelización

En este complejo contexto mundial, los cristianos, conscientes de nuestra vocación evangelizadora, nos encontramos ante uno de los más grandes

desafíos de nuestra historia: renovar y adaptar a nuestra Iglesia para ser evangelizadora en la situación actual de nuestro mundo. Estas fueron las dos grandes consignas del Concilio que continúan teniendo plena actualidad.

Así lo ha expresado Juan Pablo II: “Esta nueva evangelización —dirigida no sólo a cada una de las personas, sino también a enteros grupos de poblaciones en sus más variadas situaciones, ambientes y culturas— *está destinada a la formación de comunidades eclesiales maduras*, en las cuales la fe consiga liberar y realizar todo su originario significado de adhesión a la persona de Cristo y a su evangelio, de encuentro y de comunión sacramental con El, de existencia vivida en la caridad y en el servicio” (ChL 3).

Ya hemos apuntado anteriormente algunos de los cauces por los que ha de discurrir un Iglesia que sitúa en primer plano su misión evangelizadora. Descendiendo a niveles más concretos, destaco algunos de los objetivos que orientan la edificación de la nueva Iglesia.

1. Una Iglesia dialogadora y fraternal en la cultura de la libertad religiosa

Uno de los grandes avances de nuestro mundo moderno, y recogido por la Iglesia en su Declaración *Dignitatis Humanae*, ha sido el reconocimiento de la libertad religiosa en la sociedad política. Esto ha supuesto en Europa, superando el sistema medieval de cristiandad, un desplazamiento de la Iglesia hacia la base de la estructura social y una nivelación en el ambiente cultural con las otras confesiones y agrupaciones religiosas.

Esto origina un nuevo tipo de relación con el mundo, que se abre en *diálogo*. El Vaticano II desarrolló las características de este diálogo enriquecedor para la Iglesia y para el mundo (GS 43-44). Pablo VI descubrió las raíces teológicas de este sistema de relaciones (ES 64), afirmando proyectivamente que “la Iglesia se hace coloquio” (ES 60).

“Esta forma de relación denota un propósito de corrección, de estima, de simpatía, de bondad, por parte del que la establece. Excluye la *condena* apriorística, la *polémica* ofensiva y habitual, la futilidad de la conversación inútil. Si bien no mira a obtener inmediatamente la conversión del interlocutor, ya que respeta su dignidad y su libertad, mira, sin embargo, al provecho de éste, y quisiera disponerlo a más plena comunión de sentimientos y convicciones” (ES 73).

En el clima de diálogo los interlocutores, manteniendo su propia identidad y originalidad, han de establecer sus relaciones sobre unas *bases reconocidas de igualdad y de libertad*, en un palabra, de *confraternidad humana*.

Consecuentemente, la Iglesia que se hace coloquio ha de hacerse también, frente a las demás organizaciones religiosas y no religiosas, con las que entra en diálogo, hermana y amiga, asimilando para sí misma unas nuevas expresiones de profundo cuño evangélico. La madre se transforma en hermana, la señora en servidora, la maestra en evangelizadora, la juez en promotora de la salvación. Es el lenguaje apropiado en el ámbito del ecumenismo, en la confraternización de las religiones, en el encuentro con todos los hombres y organizaciones de buena voluntad. Esto es asumir su propia expresión "adaptada a la índole del interlocutor y a las circunstancias de hecho" (ES 72).

2. *Una Iglesia que asume los valores de la nueva cultura emergente*

Otra característica de la Iglesia de la Nueva Evangelización ha de ser el mirar con serenidad y esperanza al nuevo mundo que nace, haciendo realidad su repetida opción por los jóvenes.

Acusadamente en esta nueva cultura se subraya que el progreso, las instituciones, la ciencia, la técnica, la economía, las normas de cualquier tipo no pueden transformarse en ídolos a los que se sacrifican los hombres y las generaciones, sino que han de estar al servicio de las personas y de la humanidad, al servicio de la libertad y de la paz. Parece que en esta nueva cultura, después de tantos siglos, ha logrado penetrar el principio de Jesús: "El sábado se hizo para el hombre y no el hombre para el sábado" (Mc 2,27).

Por eso, frente a toda la compleja realidad social organizada por el propio hombre se afirma el principio de la democracia, es decir, el derecho de las comunidades políticas de juzgar la obra heredada o elaborada por ellas mismas para ajustarlas a su propio bien y al servicio de todos sus miembros.

Pero el riesgo de esta conquista de valores aparece cuando es asumido regionalmente por un colectivo individualista, establecido sobre el impulso de los grandes imperios y en un ambiente de abundancia, y en el que predominan el narcisismo y el hedonismo, capaces de mantener y originar "compasivamente" toda clase de víctimas a su alrededor.

En tales circunstancias reales de nuestra historia, el Evangelio impulsa a la Iglesia a optar por el hombre y, más concretamente, por las víctimas de la sociedad.

3. Una Iglesia solidarizada con las víctimas de la sociedad

Probablemente la nueva característica de nuestra Iglesia, que más ha impactado en el mundo durante los últimos años, ha sido su opción por los pobres, en la que se subraya de una manera especial su *opción por la liberación de los pobres*, que enfrenta no sólo las necesidades, en las que éstos se encuentran sumidos, sino también las causas envolventes que agresivamente los someten a dicha situación. Posamos de esta manera en las bases más radicales del Evangelio: "El Espíritu del Señor está sobre mí, porque El me ha ungido para que dé la buena noticia a los pobres (...) para poner en libertad a los cautivos, para proclamar el año de gracia del Señor" (Lc 4,18).

Hoy sobresalen cuatro grandes sectores en los que se concentran las innumerables víctimas de nuestra sociedad. Son sectores que, en amplias áreas, se compenetran entre sí, y que todos ellos denuncian la insolidaridad existente y los mecanismos perversos y las estructuras de pecado que los originan (SRS 39-40). El más hiriente aparece en las inmensas *bolsas de pobreza* del tercer y cuarto mundos. Junto a éste se alinean las *agresiones a la dignidad de la persona humana*, llevadas a cabo de mil formas diferentes. *La misma vida humana*, el derecho fundamental de todos los derechos humanos, es eliminada en millones de seres, incluso con el apoyo legal a los homicidas. *La apertura del hombre a la trascendencia* se encuentra con frecuencia bloqueada por condicionamientos sociales y del progresismo cultural.

Es en esas zonas de la humanidad, junto a esas víctimas, donde a la Iglesia le corresponde hacerse presente de una manera preferencial y solidaria, mucho más si tiene en cuenta que millones de ellas son miembros de su comunidad. Ella debe unir su palabra al clamor de los pobres, constituirse en la voz de los que no tienen voz, desarrollar con ellos su misión profética sobre los sectores sociales que los masacran.

Pero también le corresponde solidarizarse, con el oportuno discernimiento y manteniendo su propia identidad religiosa, con aquellos movimientos que luchan, en distintas líneas, por la promoción y la liberación de todos estos sectores oprimidos.

La ubicación de la Iglesia en este lugar, en el que las injusticias de la humanidad se manifiestan en carne lacerada, le ofrece una óptica privilegiada para la comprensión de la realidad. Al mismo tiempo, le abre la posibilidad de encontrar un nuevo lenguaje ético-antropológico para encarnar su mensaje y su profecía, superando el académico e impositivo del moralismo y del legalismo, tan lejano a la cultura actual.

4. Una Iglesia promotora de la solidaridad en clave de amor, pobreza y sacrificio

En el Concilio Vaticano II se autocomprendía la Iglesia como "sacramento e instrumento de la íntima unión con Dios y de la unidad de todo el género humano" (LG 1). Con otras palabras podemos decir que es misión de la Iglesia el promover la solidaridad de los hombres entre sí y de los hombres con Dios, que se ha revelado como el Amor Salvador.

La solidaridad, de la que es promotora la Iglesia, está iluminada por la revelación del amor con todas sus consecuencias: "Hemos comprendido lo que es el amor porque aquél se desprendió de su vida por nosotros; ahora también nosotros debemos desprendernos de la vida por nuestros hermanos. Si uno posee bienes de este mundo y, viendo que su hermano pasa necesidad, le cierra las entrañas, ¿cómo va a estar en él el amor de Dios? Hijos, no amemos con palabras y de boquilla, sino con obras y de verdad" (1 Jn 3,16-18).

La Iglesia ha de apoyar los movimientos de unidad que se están produciendo en el mundo, como el de la edificación de la casa común de Europa. Pero su perspectiva se prolonga hasta la gran casa planetaria de toda la humanidad.

Esto le exige adoptar con las víctimas de la sociedad una postura dialéctica ante la cultura de la abundancia y del narcisismo hedonista. El hombre y la humanidad se realizan cuando en el horizonte de su libertad no priman el tener más y el disfrute individualista, sino la solidaridad universal con los desposeídos, con la dignidad de las personas, con la vida humana y con la existencial vocación de los hombres a la trascendencia.

Es en dicho contexto donde emerge con toda su fuerza la sabiduría del Evangelio, descubriendo caminos de vida nueva y abundante para cada persona y para todos los hermanos, para la generación del presente y para las

del futuro. Es el camino hacia la verdadera paz, tan añorada por nuestro mundo actual.

Descubrir a la libertad de los hombres el valor del triángulo amor, sacrificio y pobreza es la gran misión de la Iglesia en el mundo. Pobreza evangélica que es compartir los bienes, incluso necesarios, con los hermanos que carecen de ellos. Sacrificio, que es renuncia para que otros vivan y mejoren su calidad de vida. Amor, que es salir del propio egoísmo, para sentirse miembro responsable de la gran comunidad humana.

No es éste un mensaje sólo para los individuos, sino también para los sectores sociales y para todos los pueblos, para todas las culturas, para toda la familia humana.

5. Una Iglesia internamente solidaria y testimonial

Esta gran misión de la Iglesia frente al mundo no puede realizarse entre Iglesias particulares desarticuladas entre sí, ni con comunidades internamente divididas. Hoy más que nunca, en medio de un mundo patológicamente unificado, se hace necesaria la comunión de todas las Iglesias, y la comunión de todos los miembros de cada comunidad.

Esto implica una profunda conversión a todos los niveles y un impulsar el camino del diálogo interno (ES 106), de *la comunión por la participación* activa, plena y responsable de todos, con el objetivo de alcanzar un consenso fundamental sobre el proyecto de la Nueva Evangelización.

Pero, al mismo tiempo, es necesario superar al interior de la Iglesia la tentación del dialoguismo y del verbalismo. Necesitamos recobrar el sentido profundo de la liturgia: Nos reunimos para celebrar la fe, dando gracias a Dios, y para sentirnos fortalecidos para vivir la caridad y el amor con nuestros hermanos y con toda la humanidad, de manera similar a como los vivió Jesús de Nazaret.

Como afirmaba Pablo VI, el testimonio que comporta presencia, participación, solidaridad es un elemento esencial y "en general, el primero absolutamente en la evangelización" (EN 21). En este punto comienzan a ser preclaras muchas de nuestras Iglesias del Tercer Mundo, de las que tanto tienen que aprender las del Hemisferio Norte.

6. *Una Iglesia misionera que proclama el Evangelio de Jesús*

Por último, la Iglesia no iniciaría una Nueva Evangelización si no recobra su impulso misionero, como el que aparece en las primeras comunidades apostólicas. Esto supone que los cristianos recobremos el sentido de la importancia de la fe y de la edificación de nuevas y renovadas comunidades cristianas.

Empujados por las fracturas internas de las comunidades cristianas y por los desafíos del racionalismo hemos tendido a polarizarnos en los aspectos objetivos e intelectuales de la fe, oscureciendo su dimensión salvífica y sanante para las personas y para la humanidad, de tal manera que se advierte como *una pérdida de fe en la fe*, olvidando el epílogo de Juan: "Hemos escrito esto para que creáis que Jesús es el Mesías, el Hijo de Dios, *y con esta fe tengáis vida gracias a El*" (Jn 20,31). No es la fe la corona de premio para hombres y sociedades justas, sino, como decía el Concilio de Trento, es principio de la salvación humana (Dz 801), el dinamismo que promueve la justicia verdadera y cristiana (Dz 800), la promotora de hombres justos seguidores de Jesús, la clarificadora del sentido profundo de la historia.

Es función de la fe crear hombres nuevos y comunidades nuevas, según el proyecto salvífico de Dios, que actúen como levadura en medio de la masa, para que toda ella pueda recibir en su seno el don del Reino de Dios, a cuyo servicio se ha de encontrar la Iglesia para el bien de toda la humanidad.

Una Iglesia que se debilita en su función misionera mostraría que ha perdido su fe y su esperanza en la amplia misión evangelizadora que tiene que realizar en el mundo. Sería la señal de que ha perdido el sentido profundo que tiene el movimiento de Jesús en la historia.

7. *Una Iglesia nueva en su ardor, en su expresión, en sus métodos*

Cuando Juan Pablo II nos propone una Nueva Evangelización, es decir, una Iglesia nueva en su ardor, en su expresión y en sus métodos, parece situarnos en las perspectivas de un nuevo Pentecostés que ya ha comenzado a irrumpir en el Tercer Mundo, y que subyace como una inquietud y una esperanza en nuestro Hemisferio Norte.

No va a estar este acontecimiento exento de problemas y dificultades, como ya sucedió en las primitivas comunidades apostólicas. Por razones obvias de su origen, éstas nacieron judaizadas y tuvieron que recorrer un

rudo camino al tener que enfrentar la evangelización de un mundo diferente y de una cultura nueva: el mundo de los "goyim" y la cultura de los griegos. Las dificultades ante lo desconocido y lo nuevo quedaron fundamentalmente resueltas en el Concilio de Jerusalén, con características de otro pentecostés, como los participantes hicieron constar en su documento: "Hemos decidido el Espíritu Santo y nosotros" (Hech 15,25).

También hoy la Iglesia sale de su largo pasado medieval europeo hacia un mundo nuevo y complejo, hacia una nueva etapa de la historia. En su cuerpo van mezcladas la Tradición siempre joven y las tradiciones que, jóvenes en el ayer, han ido envejeciendo a través de los años. Ante esa realidad Pablo VI decía: Es necesario "limpiar y rejuvenecer el rostro de la Iglesia" (ES 39).

De hecho, el proceso ya se ha iniciado. El camino se abre lleno de dificultades, de oscuridades y conflicto. Pero lo recorreremos con mayor agilidad en la medida en la que dejemos de quedar absorbidos por los inevitables problemas coyunturales de transformación, centrando nuestra atención y nuestro entusiasmo en las exigencias de la misión evangelizadora que constituye "la dicha y la vocación de la Iglesia, su identidad más profunda" (EN 14).

Antonio González Dorado